



## La negativa de la madre a separarse de su hija: consecuencias en la representación de la imagen del cuerpo.

Ivonne Sierra Ortiz<sup>1</sup> Víctor Javier Novoa Cota<sup>2</sup>

### Resumen

El interés por el estudio de la relación madre-hija, surge debido a que en la práctica clínica con niños, nos encontramos frecuentemente con situaciones en las que las madres impiden el duelo y el proceso de separación en sus hijas. La madre en lugar de ser un agente implicado en propiciar la elaboración de la pérdida de ese universo originario infantil, se interpone al trabajo de duelo, lo que impide que su hija devenga sujeto de deseo. La dependencia originaria que tiene la hija, atrapa a la madre de tal manera, que posteriormente se resiste a renunciar a la imagen omnipotente surgida de dicha relación. Es nuestro interés, indagar en los aportes de la teoría psicoanalítica sobre la negativa de la madre a aceptar la separación de su hija, destacando la influencia del vínculo de la madre con su propia madre. Las consecuencias de la transmisión de la relación madre-hija, se aprecian en la tercera generación, en ella, en lugar de acentuarse los espacios de la diferencia, se consolida el fantasma de un universo materno indiferenciado, donde la hija ocupa la función de ser el soporte de una unidad que comporta tres lugares, y que es la base del encierro que le impide acceder a la singularidad.

**Palabras clave:** Psicoanálisis, genealogía, madre, separación, hija.

1Maestra en Psicología en la línea de formación profesional de Estudios Psicoanalíticos: Teoría y Clínica, perteneciente a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Contacto: [lyonne\\_so@hotmail.com](mailto:lyonne_so@hotmail.com)

2Doctor en Psicoanálisis por la Universidad Autónoma de Madrid, psicoanalista, profesor investigador de tiempo completo en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Contacto: [vnovoac@gmail.com](mailto:vnovoac@gmail.com)

### Introducción

En la cultura Mexicana es común encontrarse con hijas que nunca salen de la casa de sus padres o lo hacen a una edad muy tardía. La distancia física que puede ser marcada por un cambio de residencia, en ciertos casos no modifica en nada el vínculo intenso que se tiene hacia los padres, especialmente hacia la madre, puesto que toda la vida se organiza alrededor ella. Lo que nos lleva a preguntarnos de qué manera interviene cada uno de los actores de ésta relación en la que predomina la negativa de separación psíquica.

Tanto en el discurso clínico como en el académico suele escucharse que son las hijas quienes no quieren separarse de sus madres, en razón de ello, en la práctica de la psicología los esfuerzos suelen tomar como centro del problema a la hija, dirigiéndose a ella, para proveerla de los recursos psíquicos necesarios para que logre desprenderse de ese gran universo. No obstante, esta visión suele dejar fuera al personaje que en muchas ocasiones es el agente de esta negativa: la madre.

Los hallazgos recabados, gracias a la práctica clínica, nos permiten sostener que, en varios casos, es la madre quien no permite el alejamiento, dejando a su hija expuesta a las consecuencias psíquicas que conlleva la indisoluble unión. La pregunta, ¿por qué una madre no puede separarse de su hija? representó el hilo conductor de la investigación.

Como vía para aproximarnos a esta temática, nos abocaremos al análisis de dos casos, uno de ellos es producto de nuestra práctica clínica, mientras que el otro es abordado por Geneviève Morel, psicoanalista francesa contemporánea. En ambos desarrollos, la problemática de separación madre-hija constituye uno de los ejes fundamentales para pensar el trabajo clínico que se lleva a cabo. Para ello consideraremos un aspecto que ha sobresalido gracias a la reflexión de diferentes casos, y que nos remite al siguiente cuestionamiento, ¿cuál es la relación que una hija mantiene con su madre cuando ella deviene madre? Esta interpelación rebasa el plano de la constitución subjetiva en el contexto de la relación de la hija con sus padres y abre con ello, la vía genealógica para pensar la experiencia edípica.

### **La maternidad y la reactualización de la falta**

Como vía para abordar la relación que una mujer establece con la maternidad, es necesario considerar en primera instancia la relación originaria que existe entre madre e hija, y a partir de ella, dar cuenta de la constitución de la subjetividad. Tomaremos como punto de partida el ensayo de Freud (1931/2009) sobre "La sexualidad femenina", en el que habla de la travesía edípica de la niña destacando dos condiciones que difieren en el caso del varón. La primera de ellas es el cambio de objeto libidinal, de la ligazón con la madre a la ligazón libidinal con el padre, la segunda señala el cambio de zona erógena, del clítoris a la vagina. Nos interesa detenernos particularmente en uno de los apartados de este desarrollo teórico, en el que Freud (1931/2009) plantea lo siguiente:

Dos hechos me llamaron sobre todo la

### **Abstract**

The interest in the study of mother-daughter relationship arises because in child clinical practice we often run into situations where mothers prevent the grief and the process of separation on their daughter's. The mother instead of being an agent involved in propitiating the elaboration of the loss of that child original universe, detain the work of grief and impede that her daughter become subject of desire. The original dependence that her daughter has catches the mother in such a way that subsequently she refuses to abandon the omnipotent image emerged from that relationship. It's our interest inquire into the contributions from the psychoanalysis theory concerning the negative of the mother to accept the separation from her daughter, emphasizing the influence in the link that exists among the mother and her own mother. The consequences in the transmission of the mother-daughter relationship are appreciated in the third generation, in it, instead of accentuate the spaces of difference is consolidated the phantasm of an undifferentiated maternal universe where the daughter occupies the function of being the support of a unit that includes three places, and it's the base of the confinement that impede her from accessing to the singularity.

atención. He aquí el primero: toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas si había aportado a la vida

amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía *{Wechsel}* del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral. El segundo hecho enseñaba que habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre. En la mayoría de los casos llegaba hasta bien entrado el cuarto año, en algunos hasta el quinto, y por tanto abarcaba la parte más larga, con mucho, del florecimiento sexual temprano. Más aún: era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón. (p. 227) Este párrafo nos permite ilustrar cómo en

la mujer se presenta una intensa ligazón con su propia madre. Relación primordial que queda inscrita como modelo y guía para los posteriores intercambios libidinales, tal y como es señalado en la cita recién mencionada. Asimismo se subraya la posibilidad de que nunca haya una vuelta hacia el varón, en estos casos el hombre funge como un medio para reforzar la ligazón con la madre a través de una hija que ocupa el lugar de eslabón entre su madre y su abuela. El padre de la niña ocupa un lugar marginal, frente a la primacía de un vínculo primario que nunca se rompió. Lo cual en un inicio nos lleva a plantear a manera de hipótesis que la imposibilidad de separación de una madre con su hija, es consecuencia de la relación indisoluble que ésta madre mantiene con su propia madre.

Levinton (2000) postula que la maternidad se encuentra ligada al período preedípico más que al Complejo de Edipo. En

ese tiempo predomina la identificación a la madre como omnipotente, así como la *pregnancia imaginaria* determinada por la semejanza anatómica. La madre es imagen única, todopoderosa, continente y fuente de identificación de la hija.

Freud (1905/2010) señala que no es posible realizar un cambio de objeto sin antes perder este universo originario. Es decir, que cuando la niña tiene que renunciar a la madre, por la decepción que le provoca la comprobación de la falta de pene, elige al padre como quien sustituye al primer objeto libidinal. Tras un duelo del objeto originario, se abre una nueva dimensión para la niña, el padre será entonces el paso obligado para acceder al universo erótico. No obstante, cuando la sustitución no ocurre, no se establece una diferencia entre el mundo materno original, por lo que todo aquello que ocurra en el campo libidinal será un mero desplazamiento que se mantiene en los límites de este universo materno.

Ser madre, en el campo de la subjetividad, tendría entonces que ubicarse no únicamente en dar la vida a un ser, sino en la posición singular que cada mujer adopta ante el duelo, realizado o no, respecto a su madre. En este sentido, es importante subrayar un hecho observado en el trabajo clínico, que consiste en que aun cuando una madre realiza el duelo por esta figura absoluta, y se posiciona desde ese lugar de duelo y pérdida ante su hija, nada garantiza que podrá hacer lo mismo con otro de sus hijos, porque la espera durante el embarazo y el nacimiento, despierta huellas diferentes en cada caso, y activa procesos psíquicos distintos.

Cuando la hija llega para ocupar el lugar

de soporte o de ofrenda en el vínculo de una madre con su propia madre, cualquier intento de separación es una amenaza desestabilizadora de esa gran unidad que es; La Madre, no como personaje sino como universo imaginario absoluto. Significante inamovible, imposible de remplazar, que por lo mismo, linda en las condiciones del fetiche, la hija entonces no solo cumple las funciones de un sostén para su madre, sino que es el cimiento del universo materno indiferenciado en donde se fusionan dos generaciones.

Tomaremos la pregunta que Levinton (2000) se plantea; ¿La maternidad responde a un deseo o a un imperativo categórico del tipo, *serás madre o no serás nada*? Lo que nos lleva a cuestionarnos si en el apego que tiene una madre con su madre, existe algo en el nivel de la identificación y del deseo fuera del representarse como tal. En ciertos casos, la identificación preedípica a la madre, ocupa un lugar que se convierte en un comodín de respuesta para todo tipo de pregunta, contestación precipitada a preguntas que no pueden ni formularse en el campo del ser. Es un tapón, significante petrificado que obtura la interpelación simbólica sobre lo que es ser mujer, madre, dar vida, etcétera.

Por tanto, la condición singular en la espera de un hijo en cada mujer, tendrá lugar a partir de su travesía por la experiencia preedípica, lo que significa que la espera de un hijo en gran medida queda definida, en el campo de la subjetividad, antes del embarazo. Siguiendo la propuesta hecha por Lacan (1956/2010) podemos afirmar que la relación de la mujer encinta es en primer término con el falo, es decir, depende de la posición que tenga ante la castración y ante la pérdida inscrita en su

historia, que el vínculo con el hijo adquirirá un matiz particular. La relación primera es entonces con el falo, siendo el hijo y el padre quienes se insertan posteriormente en un dispositivo de cuatro elementos que se encuentran regulados por la falta de objeto.

Si ubicamos en este punto complicado la relación madre-hija, en tanto es reflejo de la manera en la que una mujer toma como soporte de su ser mujer-madre a su hija y manifiesta la dificultad de separarse de esta posición, nos encontramos con varios elementos: (1) La imposibilidad de pasar de dicha incorporación preedípica nos muestra que se ha efectuado una regresión por parte de la madre a ese primer objeto real de satisfacción que apuntalaba la completud imaginaria, (2) hay una trasgresión, debido a que la prohibición del incesto aplica en una doble dirección, al hijo, *no te acostarás con tu madre*, y a la madre *no reintegrarás tu producto*, (3) en la relación especular de la madre y la niña, el yo de una encuentra continuidad en el yo de la otra, lo que imposibilita que se produzcan espacios separados.

Lacan (1954/2007) llama a esto *transitivismo*, refiriéndose particularmente a lo que atañe a la experiencia infantil, donde existe entre el niño y su semejante un espejo inestable, los límites que los separan son difusos, las imágenes se confunden, uno se refleja en el otro y viceversa. La experiencia clínica nos ha permitido observar que en muchos casos relacionados con problemas que presentan los niños, es la madre quien no acepta la separación, quedando el hijo expuesto a las consecuencias de esta negativa.

Sobre las salidas que se le presentan a la hija en la relación que tiene con el falo en la

travesía edípica, tenemos las siguientes: (a) identificarse con la madre, (b) identificarse con el falo, (c) identificarse con la madre portadora del falo, (d) presentarse como portadora del falo (Lacan, 1956/2010).

La posición que tome la madre ante estas posibles salidas, será de gran influencia para definir de qué manera el lugar tercero de la ley se impondrá en un espacio intermedio entre ella y su hija. El nacimiento de una hija la confronta entonces con la actualización de vivencias infantiles con sus propios padres, y de manera especial, en relación con su madre. La niña será situada por su madre como la metáfora del amor que ella tiene por el padre de su hija, o bien en la metonimia del deseo de aquello que le falta y que nunca tendrá (Lacan 1956/2010). Deuda simbólica en la que se impone un deber y una falta desde la diferencia establecida por el orden generacional, en caso de no ser así, el hijo vendrá a ser el objeto que compensa la frustración imaginaria de la madre. En primer término, del daño efectuado por parte de la abuela a su madre, y por el otro, el que su madre le inflige directamente al reclamarle al hijo un daño recibido por el hecho de haber nacido. Estas dos condiciones se ponen en juego confluyendo en la formación de una alianza circular y sin salida. El niño toma su valor como ofrenda y objeto reparador de ambas faltas que parecen fundirse en una. En lugar de pérdida hay ganancia, en vez de duelo, consuelo por la posesión de ese objeto que mantiene la ilusión de un mundo que se basta a sí mismo.

La imposibilidad de llevar a cabo el duelo por lo que se encuentra implicado en la posibilidad de la pérdida y la separación de la madre, nos hace pensar en la incorporación canibalística del objeto como totalidad, en una

fusión que es indisoluble del yo. Por ello no es lo mismo hablar de la madre de la madre, mundo indisoluble que es vivido como tal por la niña, que de la relación de la niña con su abuela y con su madre. La imposibilidad de aceptar la pérdida es una muestra de la poca flexibilidad de la libido, del impedimento que representa para el yo la viscosidad libidinal, en cuanto al investimento de otros objetos. Recordemos que de acuerdo a Freud (1917/2010) el duelo se lleva a cabo sobre un rasgo del objeto que ha sido incorporado al yo, el problema surge cuando se trata de la incorporación del otro como un todo, del cual el yo no puede desprenderse. La llegada de un hijo, en estas circunstancias, no se produce en el plano del deseo sino en el universo del apego pulsional.

Sufrimiento de la madre que en el hijo se manifiesta a través de ciertas implicaciones en la construcción del yo y, por ende, de la representación de la imagen del cuerpo: ¿Cómo apropiarse de un cuerpo que se presenta como mera continuidad del otro? Pregunta que anima la viñeta clínica que presentamos a continuación, y en la que encontramos varios de los elementos que hemos mencionado.

### **Un síntoma que convoca la diferencia entre madre e hija.**

A la edad de diez años Mildred es traída a sesión por su madre debido a que la habían sorprendido varias veces guardando basura en sus cajones. Este hecho contrastaba con el comportamiento disciplinado y pulcro de la niña. En las primeras sesiones ella comentó al respecto: “no me quiero deshacer de las cosas porque tal vez nunca más las vuelva a ver, ¿Cómo voy a saber que los demás están cuidando bien de mis cosas?”

A la par del síntoma surgen sueños en los que algunos miembros de su familia son devorados por un animal, en la escena ella ocupa un lugar pasivo, observa angustiada sin poder hacer nada para salvar a la víctima. En el espacio clínico, sueños y fantasías eran un fiel reflejo de la situación que Mildred vivía en casa. La madre, devota de su función, dedicaba todo el tiempo a sus hijos, ni un momento los dejaba solos, era una presencia avasalladora que abarcaba todos los espacios que la niña habitaba, pues incluso toda la familia dormía en la misma cama, los padres en las orillas, el hijo menor junto a la madre y los demás se distribuían entre sus padres.

El padre también estaba siempre presente en la casa pero de otra manera, debido a que tenía su oficina en una habitación, se encerraba en ella y se desentendía de lo que sucedía, salía a la calle excepcionalmente. La casa donde vivían estaba ubicada en el terreno del abuelo paterno, quien aún gozaba de la autoridad ante su hijo. Es decir, el padre de Mildred era un hijo que no había renunciado a serlo, lo que impedía la transmisión y la diferenciación generacional (Legendre, 2003).

Mildred asistía a sesión acompañada de su madre y de todos sus hermanos. Para el análisis y el trabajo de este caso, fue importante considerar la dimensión genealógica, Faimberg (2005) habla de analizar al menos tres generaciones para conocer las identificaciones inconscientes y las particularidades del síntoma; “cuando se conoce la historia secreta, se pueden modificar los efectos que tiene sobre el yo [...]” (Faimberg, 2005, p. 34).

Siendo así como las entrevistas con la madre pusieron de relieve una imbricación generacional, pues ella manifestó que cuando

era pequeña no había tolerado la separación de su madre. Ante el nacimiento de sus hijos se reactualizó el duelo no realizado con su madre, por lo que se encontró presa en un tiempo congelado, en el cual en lugar de diferencia había la acumulación compensatoria de sus hijos. Su omnipresencia la ponía a salvo de sentir la ausencia de su propia madre. Mildred era una pieza esencial en el conglomerado familiar, porque a pesar de su edad y de que no era la hija mayor se portaba como una mujer adulta, su vocabulario también era de una persona mayor, y la actitud con sus hermanos era maternal, especialmente en lo que a la disciplina se refería. Cuando la relación del niño con la madre se invierte, es el niño, en este caso Mildred, quien porta ahora la autoridad e intenta establecer la diferencia de lugares con cada uno de sus hermanos. Pues al no haber transmisión de lo diferente, tiene lugar una demanda invertida en la que Mildred busca desesperadamente ocupar el lugar de la madre.

Cabe comentar que el síntoma surgió a partir de que perdió una muñeca de papel que le regaló su padre. Esta pérdida desencadenó la crisis, debido a que la muñeca se sumaba al conjunto familiar como una pieza de rompecabezas, al perderla el todo quedaba incompleto. Situación que se hizo insoportable porque puso a la luz, la posición de un padre desfalleciente ante el llamado de sus hijos. El padre era más el hijo de la familia vecina que el padre de Mildred y sus hermanos. Tampoco aparecía como objeto del deseo de su esposa, era un agregado al todo familiar, permanecía al margen de la relación que tenía su esposa con sus hijos. Varias veces insistió en que Mildred dejará el tratamiento, sin que fuera oído su pedido.

De manera que Mildred estaba atrapada entre la omnipotencia materna y la falla paterna, presa de una angustia desmedida, que trataba de sobrellevar con rituales obsesivos de limpieza, comportándose como una mujer adulta, y obteniendo logros académicos. Ubicando el callejón sin salida subjetivo, en el que ella se encontraba, la pregunta que surgió en un primer momento fue; ¿qué es lo que le ha permitido sostenerse dentro del campo de la neurosis? Desde la propuesta de Morel (2012), podemos aludir al síntoma como un intento de separación de ese universo asfixiante, que le permite al sujeto salvaguardar un pequeño espacio de la conquista materna para mantener su condición de deseante.

Sobre este aspecto, nos encontramos con un caso relatado por Morel (2012) en el que el atrapamiento no presentó salida alguna. Se trata de una mujer que quedó adherida a los enunciados maternos emitidos durante su nacimiento: “No estaba prevista”, “no debería haber estado ahí”, “no se le esperaba”, “no debería haber vivido”. Cuando tenía tres años nació una hermanita que la desplazó. A los doce perdió al único ser que amaba; su madrina. Su madre burlonamente la llamaba: “Mater dolorosa”. Cuando cumplió los catorce años, la madre la obligó a abandonar el colegio para que se dedicara a las labores domésticas, perdiendo todo contacto con el afuera. A los diecisiete años conoció a su futuro marido, una vez casada el matrimonio fue un fracaso. Su suegra reemplazó a su madre y se convirtió en su nueva hostigadora junto con su marido. Los odiaba a los dos. Su primer embarazo gemelar fue difícil y estuvo seguido de una depresión severa, un año después dio a luz a N. Recuerda haber tenido pensamientos vengativos: ¡Que la

pequeña muriera para hacer sufrir a su marido! Este nacimiento repetía el nacimiento de su hermana menor, dada a luz luego del nacimiento de los gemelos, uno de los cuales era ella misma. Esta fue la causa desencadenante del pasaje al acto, seis meses después sucedería el infanticidio. ¿No cumplió en ese momento, acaso, con sus propias hijas, el anhelo materno que había acompañado su propio nacimiento: ella no debería haber vivido? ¿No se acomodó, entonces, al nombre antaño dado por su madre, mater dolorosa? En lo que respecta a la pequeña N, se identificó a las palabras proféticas de su abuela materna, desde el momento en que aprendió a caminar, incluso antes de hablar, se lanzaba repetitivamente por las escaleras hacía abajo, cayendo también ella de su pedestal, y repitiendo ciegamente, en un gesto suicida el deseo mortal que la había alcanzado precozmente. En este caso la fuerza y la literalidad del mensaje emitido por su abuela hacia su madre, terminó lanzando a esta última, muchos años después a un pasaje al acto en el que puso en evidencia el deseo materno destructor.

Para el caso de Mildred, diremos que dos años de tratamiento, han implicado, desde el tiempo y el espacio que introduce la transferencia, la construcción de un afuera en el que la pérdida es posible. Mildred dejó de sufrir y obsesionarse por su muñeca. No sólo el espacio psíquico ha encontrado la posibilidad de reconocer su diferencia en la intimidad, la situación familiar también ha cambiado, ella duerme en una habitación propia. Existe ahora un espacio dentro de su casa también diferenciado.

Sin embargo, un tema que ha

permanecido inamovible es el del cuerpo infantilizado, el comportamiento adulto desentona con una figura infantil que la hace verse menor de lo que es, lo que nos lleva a pensar que hay algo en el orden de lo psíquico que impone un límite al desarrollo corporal, ¿no es acaso que un cuerpo sexuado es lo que convoca la diferencia entre una niña y una mujer? El cuerpo sin formas, indiferenciado, encarna la imposibilidad de introducir la alteridad, la erotización, fundamento de un cuerpo sexuado que se diluye ante la omnipresencia materna. Asimismo, en el marco transferencial se entabla una relación de espejo que escenifica la relación con su madre, en la cual no es posible instituir la diferencia. Su lenguaje y sus gestos son propios de un adulto disciplinado al punto que la austeridad que representa borra cualquier rastro de sexualidad. En el nivel del síntoma, su actuación como mujer adulta era una representación de la madre para poner en ella las palabras que rompieran el mutismo que le caracterizaba. Mildred en su papel de mujer adulta se enfrentaba a realizar psíquicamente un trabajo doble, el duelo de separación de su madre, y el que su madre no hacía respecto a su propia separación.

En el espacio clínico sigue abierta la posibilidad de habitar otros espacios ajenos a lo familiar, incluso de comenzar a disfrutarlos. Por su parte, su madre comienza a guardar cierta distancia con su hija, a asumir las consecuencias del trabajo de elaboración que Mildred lleva a cabo. En la vida de esta niña-mujer comienza a haber metáforas, la basura dejó de ser una obsesión, para ella ahora hay cosas que se pierden, su vínculo con la palabra ha cambiado, comienza a aparecer el lado

lúdico del hablar. Habita nuevos lugares que son el resultado de la construcción simbólica de espacios diferenciados, es ella la que ha dado la pauta para que la madre adopte una nueva forma de relación con ella y una distancia inédita hasta entonces. Su vida empieza a dejar de estar regulada por el modelo del universo materno indiferenciado.

### **A modo de conclusión**

La transmisión generacional, con los discursos inaudibles que arrastra con ella, es una cuestión que se encuentra muy descuidada en la práctica clínica, sobre todo en lo que respecta a la función psi. Centrarse únicamente en la historia clínica del paciente o en las vicisitudes de su vida sin abrir la escucha a la línea transgeneracional, deja al sujeto encerrado en su propia historia, coartando con ello la posibilidad de elaborar ciertos fragmentos de su vida que aunque pareciera que no le corresponden pues pertenecen a conflictos pasados, se siguen repitiendo sin cesar y son parte constitutiva de su psiquismo.

En el caso de Mildred nos referimos a la transmisión de un duelo de separación no elaborado por parte de la madre con su propia madre. Lo que imposibilita la tramitación simbólica de la diferencia generacional. De esta manera, la evidencia de las repeticiones que se exteriorizan bajo transferencia, la exposición exacerbada de los síntomas, las fantasías y las formaciones del inconsciente en general adquieren otro matiz para ser consideradas en el trabajo clínico.

En el contexto del orden genealógico es necesario considerar los pequeños detalles del caso, tales como, fragmentos de historia, indicios que se asoman a través de los gestos,



los hábitos y las actitudes. En la viñeta clínica presentada, el impedimento de una madre de elaborar el duelo por la pérdida de su madre, ocasiona que su hija quede ubicada en un lugar sacrificial, como objeto de una ofrenda destinada a la unión indisoluble del universo materno.

En lo que respecta a la maternidad, la trabajamos bajo la perspectiva de una función simbólica que no se circunscribe únicamente al momento de la gestación y al nacimiento del hijo, por el contrario, es importante remontarse a estadios primarios de la relación de la madre con sus padres, a la forma en que ha podido o no elaborar duelos de separación, así como a la manera en que accede al universo de la alteridad donde impera la diferencia, especialmente aquella que se refiere a la diferencia anatómica de los sexos. En lo que concierne al hijo, observamos que en muchas ocasiones, y a pesar de la negativa de separación de la madre, hace esfuerzos de todo tipo para lograrla, generando manifestaciones sintomáticas de lo más variadas. Es una condición de subsistencia en el plano del deseo, ya que éste implica la relación con la diferencia, la alteridad y la pérdida. Si esto no es posible, la imagen y la apropiación del cuerpo se ven afectadas, debido a que el hijo queda en un tránsito interrumpido que lo hace no solo objeto sacrificial sino sostén de la inmovilidad de un tiempo que no da lugar a que se consolide la pérdida. Es un tiempo de tristeza y de melancolía lo que constituye la atmósfera imperante en la relación con una madre que está temerosa de perder lo que ya ha perdido. El hijo entonces toma el lugar de ser la continuidad del yo materno, de sostenerlo gracias a su omnipresencia. Un yo-cuerpo que se diluye

ante cualquier esbozo que convoque la distancia de ese cuerpo materno que se presenta como totalidad, lo que provoca que la falta se manifieste como ruptura, discontinuidad, corte en el cuerpo o en la imagen del hijo. En el caso de Mildred la unidad se conservaba gracias al infantilismo que presentaba en su cuerpo, no había crecimiento alguno, su comportamiento era de mujer adulta, su cuerpo de una niña que aparentaba menor edad de la que realmente tenía. Aún con los cambios que se fueron presentando a lo largo de dos años, y a la distancia que logró poner con su madre, su imagen de niña siguió siendo la misma.

La madre no da simplemente el alimento, da la vida psíquica, transmite el deseo de vivir, un tipo de satisfacción o respuesta libidinal que requiere la separación de la madre. La separación de los cuerpos no es algo dado, ha de producirse. Y puesto que la dependencia del otro es tan inicial, tan traumática a la vez que corporal, sólo mediante la separación puede circular la vida [...]. (Pereña, 2011, p. 196)

Considerar el orden generacional como el tema fundamental en este análisis, nos lleva a centrar la intervención clínica desde una perspectiva diferente. Es en la medida en que la madre permita que la hija avance en la dirección que ella no pudo transitar, que se abren procesos de elaboración que repercuten en la posición que tiene frente a su función, especialmente en el campo de la transmisión simbólica. En el caso de la hija, la inclusión de un tiempo y un espacio diferenciado a través de la transferencia permite abrir nuevas vías para el proceso de subjetivación.

## Referencias

- Faimberg, H. (2005). *El telescopaje de generaciones*. Madrid: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2010). Tres ensayos de teoría sexual. (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917/2010). Duelo y melancolía. (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 14, pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931/2010). Sobre la sexualidad femenina. (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1954/2007). La báscula del deseo. (Trad. R. Cevasco & V. Mira). En J. Miller & D. Rabinovich (Eds.), *Los escritos técnicos de Freud* (Vol. 1, pp. 243-260). Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1956/2010). *La relación de objeto*. (Trad. E. Berenguer). En J. Miller (Ed.), (Vol. 4). Argentina: Paidós.
- Legendre, P. (2003). *Filiation. Fondement généalogique de la psychanalyse*. Francia: Fayard.
- Levinton, D. (2000). *El superyó femenino: la moral en las mujeres*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Morel, G. (2012). *La ley de la madre: ensayo sobre el sinthome sexual*. Chile: Fondo de cultura económica.
- Pereña, F. (2011). *Cuerpo y agresividad*. México: Siglo Veintiuno.